

CUBA

Otra vuelta al círculo vicioso

El regreso de La Habana a la mano dura, en momentos favorables de apoyo internacional, resulta enigmático para muchos. De acuerdo con la autora de este artículo, el juicio a cuatro disidentes emblemáticos aplaza indefinidamente la transición democrática.

MARIFELI PEREZ-STABLE

Todo apunta al alza de los duros. La condena de Vladimiro Roca, Marta Beatriz Roque, Félix Bonne y René Gómez Manzano, los cuatro disidentes juzgados el 1 de marzo en La Habana, se conocerá el miércoles próximo. Dos días después del juicio, el diario Granma los tachó de apátridas, anexionistas y parásitos, negando que sean lo que son: presos de conciencia. Los cuatro permanecen detenidos desde julio de 1997 por haber redactado La Patria es de todos, un documento duramente crítico del programa que el Partido Comunista sometería a su Quinto Congreso en octubre de ese año. La llamada ley mordaza recientemente aprobada por la Asamblea Nacional, que impone hasta 20 años de cárcel a los acusados de colaborar con los Estados Unidos, no les será aplicada. Pero de haber estado vigente, afirma Granma, los cuatro merecerían la máxima sentencia. ¿A qué se debe este endurecimiento? Luego de la visita de Juan Pablo II, el gobierno cubano disfrutaba de un ambiente internacional cada vez más favorable. El mundo, respondiendo a la exhortación papal, se abrió a Cuba. El mandatario cubano viajó a nueve países; por La Habana pasaron variadas y numerosas delegaciones gubernamentales y comerciales. Por primera vez, la Comisión de Derechos Humanos de la ONU desaprobó la iniciativa estadounidense de condenar las violaciones en la isla. Se había anunciado, aunque sin fecha, la visita de los reyes de España. En 1997 La Habana había sido designada sede de la Cumbre Iberoamericana que se celebrará en octubre. En octubre, un prestigioso grupo de republicanos instó a la Casa Blanca a nombrar una comisión bipartidista que reevaluara la política

hacia Cuba. El embargo, endurecido con las leyes Torricelli (1992) y HelmsBurton (1996), nadaba en contra de una corriente que se acrecentaba. Así y todo, a principios de enero Washington anunciaba un paquete de medidas que facilitan los viajes a Cuba, el envío de remesas y la ayuda humanitaria. El Papa da la clave de la situación al parecer incomprensible de las últimas semanas: Que Cuba se abra al mundo y que el mundo se abra a Cuba. Para sostener los éxitos internacionales del año pasado, el gobierno cubano hubiera necesitado animar una verdadera liberalización de la economía y profesar menos intolerancia hacia las diversas opiniones y aspiraciones de la sociedad cubana. Si siguiera las pautas económicas de China y Vietnam, no sólo mejoraría notablemente el deterioradísimo estándar de vida del pueblo, sino que le daría razón y aliento a la apertura internacional. Pero Cuba no lo ha hecho. Aun si lo hiciera, los atractivos de su mercado no son lo suficientemente seductores como para que el mundo sea del todo indiferente a la situación política que vive la isla, como lo es con China y Vietnam. La ley mordaza y el juicio de los cuatro son inexplicables después de un año como 1998, solamente si se considera que La Habana tiene vocación de cambio o que puede ser engatusada a una transición por las inversiones extranjeras. La dirigencia cubana sabe mejor que nadie que, si se sometiera en serio al toma y daca de las aperturas, podría poner en peligro lo que ha sido su mayor logro durante los 90: el haber retenido el poder contra viento y marea. Al comenzar la década, no pocos en Cuba abogaron por una política de apertura interna que fuera saldando las ineficiencias del socialismo y soltando los amarres de su sistema político unipartidista y verticalista. De hecho, se aplicaron reformas, como la liberalización del comercio exterior, la legalización del dólar, la autonomía de las cooperativas agrícolas y la autorización del empleo por cuenta propia en ciertas actividades, que ayudaron a frenar la caída en picada de la economía. En lo político, los cambios fueron más bien simbólicos como, por ejemplo, la elección directa de los diputados a la Asamblea Nacional, permitiendo sólo candidatos oficiales y prohibiendo las campañas políticas. Se comprobó (una vez más) que al poder monopólico le era imposible vencer lo que él mismo había identificado como problemático: el afán de unanimidad en la sociedad. Esos amagos esperanzaron al mundo occidental ante la posibilidad de que un intercambio con La Habana encaminara la inevitable transición hacia la democracia y la economía de mercado. A mediados de la década, la dirigencia cubana comenzó a dar señales de retroceso. En 1995, el

presidente cubano declaraba: Toda apertura nos ha traído riesgos. Si hay que hacer más aperturas y reformas, las haremos. Por el momento no son necesarias. Se engavetó un proyecto de ley que permitía la creación de pequeñas y medianas empresas. ¿De qué forma, sino garantizándole a la población derechos empresariales, podría despedirse al millón de trabajadores subempleados en el Estado? El Partido Comunista también tomó medidas para cerrar los modestos espacios abiertos por algunos sectores intelectuales y reafirmar la unanimidad en sus filas. Ni el desplome económico ni el descontento quebraron el control político. Así pues, en vísperas de su Quinto Congreso, el partido se sentía satisfecho de haber sobrevivido y listo para recibir a Juan Pablo II. El factor yanqui/Washington nunca ha tenido relaciones normales con La Habana, ni antes ni después de 1959. Su obstinada y desacertada política constituye, que no quepan dudas, un doble freno a la tan necesaria transición. Por otra, el que los yanquis sean el enemigo contumaz del gobierno cubano es una ficha en el tablero interno de cambiar lo menos posible para que todo siga igual. Es lógico que las nefastas leyes Torricelli y Helms-Burton enciendan el patriotismo cubano, aunque no se infiere de ello que ser patriota equivalga a apoyar a las autoridades actuales. No es descabellado, sin embargo, concluir que el embargo es un sostén político para el gobierno cubano. ¿Sabría gobernar sin la enemistad imperialista? La visita de Juan Pablo II abrió nuevos horizontes que ahora, quizá, se estrechen. Habrá que ver qué impacto duradero, si alguno, tendrá la condena de cuatro presos de conciencia en la disposición del mundo de seguir abriéndose a Cuba ante la pobre voluntad de cambio de su gobierno. No sería sorprendente que después de un tiempo se retomara la apertura con la esperanza de que, en algún momento, se rompa el círculo vicioso. Para ello harían falta voluntades nuevas en La Habana y en Washington. América latina, Europa y Canadá también desean la democracia para Cuba porque ésta es, sobre todo, una aspiración cubana, necesaria por razones cubanas. Libertad! gritaron millones de cubanos en las misas del Papa en Cuba: no olvidemos esas voces ya que las volveremos a escuchar. Marifeli Pérez-Stable es socióloga y docente de la Universidad de Nueva York. Nacida en Cuba, ha escrito La revolución cubana: orígenes, curso y legado, Editorial Colibrí.

[Ayuda](#) | [Ediciones Anteriores](#) | [Versión Palm](#)

Noticias gratis en su sitio - RSS  | [Clarín.com](#) página de inicio